

LAS ATADURAS DEL GÉNERO A LA VIOLENCIA

Blanca Elisa Cabral¹ y Carmen Teresa García²

RESUMEN

Las relaciones de género en la construcción sociosimbólica de la masculinidad y la feminidad establecida sobre la base de las diferencias sexuales, muestra una perspectiva importante para entender su vinculación con la violencia.

Partimos de la crítica al hecho biohistórico del sexo como referente básico de las diferencias sexuales, para entender que en determinado contexto sociohistórico, el género deviene de la simbolización de las diferencias en desigualdades sociales articulado a un diferencial de poder, que cobra vida en la estructura jerárquica de las relaciones de dominio/sumisión entre hombres y mujeres.

Abordamos la problemática desde un enfoque interdisciplinario, a partir de una primera muestra de datos de la violencia en los espacios públicos y doméstico, en el Estado Mérida (90 - 97) a fin de sustentar el análisis cualitativo que hacemos entre género y violencia.

Presentamos una propuesta de socialización sin ataduras hacia una educación no sexista para la vida.

ABSTRACT

The sex relations in the socio-symbolic make-up of masculinity and femininity, based on sexual differences, show an important perspective for the understanding of its relation to violence.

We start out by examining the bio-historical fact of sex as the basis for the sexual differences to understand that in a given socio-historic context sex stems from the symbolization of differences in social inequalities interrelated with differences in power, all of which becomes a reality in de hierarchical structure of the dominion/submission relationship between men and women.

We address the problem with and interdisciplinary approach, starting from a data sample on violence, both public and domestic, in the state of Merida (1990-1997), in order to support a qualitative analysis of sex and violence.

We propose a type of socialization without restrictions leading to a no-sexist education in life.

Dentro de la Red

Cada uno de nosotros pertenece a uno u otro sexo en el que somos clasificados y divididos según las diferencias sexuales en varones y mujeres; hecho biológico que define un sistema de creencias, expectativas, valores, prácticas y comportamientos psicosociales acerca de lo que debe o no debe corresponder al sexo masculino y al femenino.

¹ Psicóloga Clínica y Sexóloga. Actualmente Profesora e investigadora del Area de Estudios de Género y Sexualidad de la Universidad de Los Andes. Mérida Venezuela Telefax 58-274 / 2401851 Tel. 274 / 2621227

² Socióloga. Profesora e investigadora del Area de Estudios de Género y Sexualidad de la Universidad de los Andes. Mérida Venezuela Telefax 58-274 / 2632966 / 2403960 / 2401851 e-mail: ctgarcia@ciens.ula.ve

Ser hombre y mujer en el mundo significa coexistir tensionalmente dentro de la compleja red del sexo/género³ establecida por las sociedades sobre la base de las diferencias sexuales:

Dentro del sexo, en el sentido imperativo de condición biológica que diferencia al macho de la hembra, lo que se refiere,

“...a los agrupamientos de los humanos en las categorías - varones y mujeres - siendo así que dicho agrupamiento tiene su fundamento en la diferenciación biológica” (Eagly, 1987:45)

Dentro del género, en el sentido de ser uno de los ejes organizadores de las relaciones sociales en general; referido a la asignación y transformación sociosimbólica de las diferencias sexuales en relaciones sociales desiguales y relaciones asimétricas de poder entre los hombres y las mujeres según el contexto histórico social y cultural dominante.

“En cada cultura, la diferencia sexual es la constante alrededor de la cual se organiza la sociedad. La oposición binaria hombre/mujer, clave en la trama de los procesos de significación, instaura una simbolización de todos los aspectos de la vida: el género. Esta simbolización cultural de la diferencia anatómica toma forma en un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que dan atribuciones a la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo” (Lamas, M,1995: 62)

El hecho biológico de las diferencias sexuales en cuerpos sexuados: macho y hembra, se convierte en la mayor excusa biohistórica de virilización de la cultura para dividir a los seres humanos en dos clases sexuales bien diferenciadas: varón y mujer; escindidos en dos géneros socialmente contruidos: masculino - femenino; establecer en coherencia con el orden del discurso social dominante profundas desigualdades e injusticias sociales entre los hombres y las mujeres, cuyo devenir sociocultural delata una historia de relaciones de dominación a la que subyace el Poder (Cabral, Blanca. 1997)



Esta noción determinista del sexo, ha biologizado los comportamientos dentro de una visión esencialista de principios universales, absolutos e inmutables acerca de “la naturaleza” de la mujer en su condición del “eterno femenino” y “la naturaleza” del hombre en su condición de atributos masculinos; contribuyendo también a la medicalización del sexo (expresada en las nociones clásicas de enfermedad, desviación, normalidad) y su legitimación en la institucionalización de los saberes científicos (de la medicina, psiquiatría, psicoanálisis,

³ A fin de avanzar en el análisis de la complejidad de ambas categorías, es importante distinguir los términos del par sexo/género cuya evolución conceptual explicativa se ha identificado y confundido en las diferentes corrientes teóricas.

ciencias sociales). Lo que ha resultado así mismo en un concepto insuficiente y reduccionista para dar cuenta de la complejidad del sexo biológico y de su construcción social en sus múltiples interdependencias y codeterminaciones por las que atraviesa, incluso el sexo biológico: sexo genético, sexo gonadal, sexo hormonal, sexo cerebral, sexo morfoanatómico (de genitales externos e internos) dimorfismo sexual (Katchadourian, H. comp. 1983) el cual puede presentar cambios, combinaciones, variedades, desequilibrios y “anormalidades” en el proceso de sexuación (Money, J, y Ehrhardt, A, 1972) mediante el cual se forman y diferencian sexualmente los varones y las mujeres durante su ciclo vital, en el cual interactúan componentes biofisiológicos, internalizaciones y expresiones psicológicas e influencias sociales.

La complejidad e interacción de la doble realidad sexo/género, nos remite según Fernández, J.(1996: 37) a considerar que,

“...el sexo ciertamente hunde sus raíces en lo “biológico” (modificable) a la par que muestra una evolución psicosocial (modificable), resultando como producto un sujeto necesariamente sexuado que ha de desarrollar (aprendiendo) su naturaleza biopsicosocial... Así pues, las dos realidades del sexo y del género son susceptibles de modificaciones y, para ambos, lo biológico y lo social se muestran en permanente y continua interacción”.

El Sexo deviene Género

“¿Será varón o hembra?”, es la inquieta pregunta que nos hacemos ante el nacimiento de un ser humano, cuyo tierno cuerpecito anudamos de rosado o de azul con todo un atado de provisiones psicosociales que condicionarán su proyecto de vida a través de un proceso de socialización diferencial bajo la excusa de sus diferencias sexuales.

Cuando nacemos varón o mujer, nos encontramos en una familia, en una comunidad o en un país determinado, pero sobre todo, nos vemos inmersos en una sociedad (tejido social de relaciones) que para funcionar ha construido creencias, normas, costumbres, valores, expectativas, roles, leyes y modos de pensar, sentir y actuar que toda persona tiene que aprender haciéndolas suyas y, solo en esa medida, deviene ser social. Así, la persona va adquiriendo una cultura que al integrarla a su personalidad, le permite adaptarse al entorno social. Estos son procesos de orden cultural, psicológico y social que van conformando nuestra experiencia de vida e identidad de género, muy difícil de soslayar dentro de la red sexo/género anudada al imperativo social en la conformación individual y colectiva del ser humano.

El sexo es, pues, el referente básico para establecer las diferencias sexuales; de modo que el sexo deviene género en un proceso de construcción sociosimbólico constitutivo de la organización de las relaciones sociales en general, con el mismo status de etnia, clase social, edad, generación etc., y fundamentado principalmente en la socialización diferencial de los sexos; el género es, pues, el referente primario a partir del cual se define y evalúa a la mujer.

Mientras el sexo alude a la expresión fundante de las diferencias sexuales, el género deviene en el ejercicio de un diferencial de poder vertebrado a las relaciones sociales. Llevamos, por tanto, la impronta de una estructura jerárquica de relaciones de dominación que interviene

desde el interior mismo de nuestro proceso de desarrollo cognitivo/afectivo y conductual en la construcción de la masculinidad y la feminidad.

De cómo llegamos a ser hombres y mujeres entretejidos a la socialización diferencial

El proceso de aprendizaje social no es igual para niños y niñas, pues, valores, expectativas y roles son distintos y transmitidos de forma diferencial según el sexo de asignación y pertenencia y, por supuesto, hombres y mujeres interiorizan mensajes y representaciones sociales diferentes que los acaban convirtiendo en personas con dos cosmovisiones del mundo, que a la larga, los va distanciando en dos subculturas que se oponen y, conflictúan la relación hombre/mujer marcada por las profundas desigualdades sociales que genera.

Entonces, ¿qué significa ser varón en Venezuela, en esta sociedad de clases, de estructura patriarcal judeo-cristiana e hispánica, mestizaje cultural, residuos rurales, desarraigo, marginalidad y desorden urbano, de hombres y mujeres que viven de prisa y agitados entre el hogar y el trabajo en un país que se debate entre la modernidad y la tradición aun anclada en las mentalidades, representaciones, creencias, actitudes y conductas de hombres y mujeres?; sin obviar el hecho predominante de ser la nuestra una cultura de estructura familiar fundamentalmente matricentrada (la madre como núcleo de la familia, ausencia del padre biológico o en general, poca relación y pobre vínculo afectivo con el padre biológico, diferentes figuras de padre, sustitutos o padrastros) con todo el bagaje psicosocial y económico que implica para la mujer haciendo de madre y padre (mujeres solas, separadas, madres solteras, divorciadas y abandonadas) y para los hijos/as que crecen en medio de familias fragmentadas. Como parece reconocer Moreno, A,(1997:34) en sus estudios sobre la familia venezolana:

“Sea cual sea el punto del que partamos, una historia de vida, la experiencia directa, un producto cualquiera de la cultura popular, llegamos invariablemente -y el camino no es largo- a la madre como fuente de raíz del sentido. La experiencia primera, radical y permanente del venezolano se produce y estructura en esta relación -relación-nudo-de relaciones-que es la familia matricentrada”.

En este contexto fragmentario de relaciones donde el proceso de socialización diferencial tipificado transmitido por la familia, la escuela, el grupo de pares, los medios masivos de comunicación, la iglesia, la comunidad etc., lleva aun el peso cultural de tradiciones, costumbres, creencias, mitos, normas, pero también la introducción de valores foráneos fomentados por los medios; ser varón (en general y sujeto a variables individuales y experiencias de vida particular) sometido a una educación de carácter fuertemente sexista; significa fijarlo a modelos de masculinidad construidos como referencia para asignarle estereotipos sexuales y pautas de comportamiento que tienen que ver con ser: fuerte, inteligente, activo, productivo, independiente, seguro, competitivo; a responder agresivamente (tanto en sentido positivo como negativo) a entrenarse en actividades como luchar, ganar, atacar, mirar, tocar, conquistar, vencer, dominar, controlar; expresar su sexualidad; motivado al logro, al éxito, a tomar decisiones; orientado hacia la vida pública y la realización social; a ser proveedor, protector, servido, obedecido, a detentar el poder, la fuerza y la violencia.

No es de extrañar, pues, que dentro de esta construcción de estereotipos y roles asignados e impuestos por la sociocultura dominante, se anide una de las manifestaciones paradigmáticas

de la masculinidad en América Latina: El Machismo, como señala Norma Fuller (1997: 36) citando a Stevens (1973)

“... el machismo se origina en las antiguas culturas del viejo mundo, pero el síndrome completamente desarrollado aparece solo en Latinoamérica”.

Entendemos el machismo, como una exageración de los rasgos y características atribuidos al varón en su condición sexual de macho, que le otorga el privilegio de ejercer fuerza, poder, control y dominio sobre la mujer e incluso tomar decisiones por ella y sobre ella, sobre su cuerpo, su sexualidad, sus actividades y tiempo, coartando su libertad y autonomía. Todo ello, se expresa en el deseo y necesidad de afirmarse constantemente como hombre ante los demás hombres y ante las mujeres, probando la hombría y su virilidad en el deseo de posesión de la mujer a título de objeto y en el ejercicio frecuente de su sexualidad ostentando con orgullo sus infidelidades y número(s) de vástagos producto de sus encuentros sexuales, sin que necesariamente haya compromiso afectivo y responsabilidad y, “...sin asumir su rol de jefe de familia y padre proveedor...” (Fuller, 1997:37)

Si bien la violencia es la expresión más evidente y extrema del machismo, es importante el punto de vista de Monzón, A. (1988) quién sostiene que una serie de actitudes sutiles que subordinan y relegan a las mujeres a un segundo plano y que son también generadas por esa sobrevaloración de lo masculino frente a la marginación de lo femenino le ocasionan a la mujer un gran daño.

Y, en este contexto sociocultural que hemos construido como escena dentro de este proceso de socialización diferencial tipificado, ¿qué significa ser mujer en Venezuela, en una sociedad de clase, de estructura patriarcal, entre relaciones de dominación, falocéntrica y sexista?.

Ser mujer (sujeta a variables individuales y colectivas, así como a experiencias de vida particular) significa fijarla a modelos de feminidad construidos como referencia para la asignación de estereotipos sexuales y pautas de comportamiento, que tienen que ver con, ser bella, tierna, coqueta, seductora, sumisa, pasiva, obediente, receptiva, tolerante, paciente; con mostrar (se), postergar (se) sacrificarse, dejarse conquistar, ayudar, servir; orientada hacia la intimidad, construir su vida en el espacio privado y doméstico, responsable de la crianza de los hijos y limitando su realización personal en la familia y en el hogar., lo que significa construir la feminidad en torno a ejes de “servidumbre voluntaria”, entrega desinteresada a los otros, “dependencia vital” de los otros en lo económico, emocional, social, sexual y afectivamente; sentimiento de desesperanza aprendida y dueña de la culpa cuando se atreve a salirse de los moldes culturales aprendidos y a romper con los modelos tradicionales cuasi sagrados, naturalizados y biologizados considerados inherentes a su género.

Estos modelos estereotipados de lo masculino/femenino que circulan de modo explícito o encubierto, asumidos voluntaria e involuntariamente, conscientes o inconscientemente por varones y mujeres, son aún resistentes al cambio por su arraigo en mitos, creencias, tradiciones, costumbres y actitudes; fijados y cristalizados en nuestras más íntimas cogniciones y experiencia emocional/social y, generadores de frustraciones, conflictos y fracasos; como reconoce Poal Marcet, G (1993) a nivel social produce insatisfacción, porque no socializa en base a virtudes, defectos personales y limitaciones sino en base al sexo con que le tocó nacer, no logra los objetivos ni en hombres ni en mujeres, resultan obsoletos y

poco adaptativos al encasillar a las personas, prepararlas mal y acostumbrarlas a pensar, sentir y actuar parcial y fragmentariamente.

“Sobre la contundente realidad de la diferencia sexual se construye el género en un doble movimiento: como una especie de “filtro” cultural con el que interpretamos el mundo, y también como una especie de armadura con la que constreñimos nuestra vida”. (Lamas, 1995:62)

Vivir dentro de la red sexo/género significa entonces, construir identidades bajo el marcaje sociosimbólico de las diferencias sexuales que nos escinden en polaridades opuestas y/o “complementarias” de lo masculino y lo femenino entretejidas contextualmente al acontecer sociohistórico, a las relaciones sociales, a la experiencia de vida, a las relaciones entre los sexos y, a nuestras intersubjetividades, lo cual significa, en general:

- anclaje de la cultura en el modelo de tradición patriarcal
- aprendizaje de pautas socioculturales transmitidas por un proceso de socialización diferencial según los sexos.
- internalización de un conjunto de representaciones sociosimbólicas tipificado.
- portadores/as de un discurso social de las diferencias cristalizadas en desigualdades sociales.
- reproducción de la ideología de la dominación de género.
- mantenimiento de relaciones asimétricas de poder en todos los ámbitos.
- determinación de un espacio público (el del hombre) y de un espacio privado (para la mujer)
- dominación y supremacía masculina frente a la marginación y subordinación femenina.
- transmisión de patrones culturales sexistas desde la familia, la escuela, los medios de comunicación masiva, iglesia, etc.
- asignación de estereotipos sexuales.
- surgimiento de una doble moral sexual.
- manifestación del machismo/sexismo como formas predominantes de relación.
- expresión de diferentes formas de violencia masculina y contra las mujeres.

Sin embargo, el proceso de internalización y expresión de la identidad de género no es una experiencia uniforme ni homogénea. Ser hombre y mujer en América Latina no tiene la misma significación ni es compartida de la misma manera, aun desde el imaginario colectivo y la pertenencia a un determinado pueblo, una región, cultura, religión o comunidad; coexisten multiplicidad de variables, (ya señaladas, como etnia, status económico, clase social, edad, generación, modos de vida etc.,) que junto a las diferencias sexuales le imprimen significados diversos al ser hombre y ser mujer.

Además, siempre nos queda ese resquicio de libertad y autonomía en nuestras diferencias individuales, en nuestras intersubjetividades, en la capacidad de relación creativa con la vida para generar diferentes interpretaciones del mundo que nos rodea, en la forma particular de ser/sentir/pensar/hacer, actuar y relacionarnos; en los modos de decodificar/asimilar lo transmitido, de des-montar el escenario y des-cubrir el cuento(s) que nos han contado.

Incluso, es en la experiencia de vivir entre tensiones, conflictos, contradicciones y, en situaciones de desequilibrios de poder, de desigualdad e injusticia social donde anidan los espacios de reflexión y rebelión - caldo de cultivo - para la crítica, el cuestionamiento, la

confrontación, la disidencia, la subversión, la transgresión, la ruptura y la posibilidad de deconstrucción/arqueología y transformación de la cultura dominante. Recordemos a Foucault, cuando nos dice, que donde existe el poder hay resistencia y, esa resistencia (movilizada por los grupos feministas, las luchas y propuestas de las mujeres, las minorías sociales, étnicas, sexuales etc., y jalonada por los mismos cambios científico-técnicos y económico-sociales en el acontecer de nuestro tiempo) revela las posibilidades de subversión y cambio del orden dominante, así como la significación de las intersubjetividades, la construcción de las identidades de modo diferente y autónomo y, la esperanza de otras formas de vida más ecológica y equitativa.

Más allá del género, el puente de encuentros y desencuentros entre hombres y mujeres se construye sobre las bases de la visión fragmentaria del mundo que todo lo divide y opone como formas de representación y reorganización cognitiva del mundo, de la naturaleza, del ser humano, del conocimiento; se trata como ha señalado P. Bourdieu (1980) de,

“... la di - visión del mundo, basada en referencias a las “diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción” actúa como la “mejor fundada de las ilusiones colectivas”. Establecidos como conjunto objetivo de referencias, los conceptos de género estructuran la percepción y la organización concreta y simbólica de toda la vida social”.

Es importante destacar, que el género como categoría de análisis crítico nos permite ubicarnos en el debate teórico de las Ciencias Sociales para entender la complejidad sexo/género en su vinculación con la violencia, su ubicación en la estructura posicional de la sociedad en su relación con el poder y acceder a la trama de su simbolización cultural en el imaginario individual y colectivo.

Además, como bien lo ha señalado Corsi. J.(1997)

“Comprender la vinculación entre identidad de género masculino y violencia doméstica resulta ineludible, ya que permite enriquecer la conceptualización del fenómeno, a la vez que sugiere objetivos posibles para la intervención terapéutica y para el diseño de estrategias preventivas”.

De las Ataduras del Género a la Violencia

Si partimos de la premisa de que “La lógica de género es una lógica de poder, de dominación”, como afirma Lamas. M.(1995) citando a Bourdieu, es posible desenhebrar los vínculos entre género/poder/dominación y violencia.

“Esta lógica es, según Bourdieu, la forma paradigmática de violencia simbólica, definida por este sociólogo francés como aquella violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad y consentimiento... la eficacia masculina radica en el hecho de que legitima una relación de dominación al inscribirla en lo biológico, que en sí mismo es una construcción social biologizada”.

De manera que, siguiendo a este autor, internalizamos y expresamos una lógica de género inscrita milenariamente en la objetividad de las estructuras sociales y desde muy temprana

edad en la subjetividad de las estructuras cognitivas; de allí, su resistencia al cambio, ya que el ejercicio de la violencia simbólica cuenta no sólo con la legitimación de las instituciones sociales sino con “una somatización progresiva de las relaciones de dominación de género” efectuadas por la socialización con “el consentimiento” de una di-visión del mundo en pares de opuestos (naturaleza y cultura, macho y hembra, hombre y mujer, homosexualidad y heterosexualidad, normal y anormal, etc.) como formas de re/organización y representación cognitiva del mundo; pero el problema comienza cuando convertimos estas dualidades en fijaciones conceptuales y estructurales fundantes de una forma fragmentaria, parcelada y dicotómica de mirar, relacionarnos, ser y estar en el mundo; como han dicho los semánticos, confundimos el mapa con el territorio.

La violencia simbólica, tal como la plantea Bourdieu, reafirmado en Lamas(1995:33 -37) se implica en la concepción y construcción del poder inscrita en los cuerpos y en las mentes en forma de “habitus”, el cual se refiere al conjunto de relaciones históricas “depositadas” en los cuerpos individuales en la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción, “esquemas que son de género y engendran género” a través de los cuales opera y funciona la socialización diferencial.

La concepción de la Violencia Simbólica abre una vía teórica que nos permite entender e ir hasta los cimientos mismos de los mecanismos subyacentes de las diferentes caras de la violencia como cultura dominante dirigida en contra de los otros y, específicamente deconstruir la violencia hacia las mujeres (doméstica y sexual).

La violencia es hoy, una forma de relación tan frecuente y con múltiples expresiones infiltradas de tal manera en el tejido social que ha terminado por invadir los actos, las relaciones, nuestras prácticas, e incluso, los resquicios más íntimos de la vida cotidiana, formando parte de la expresión agresiva de nuestras emociones (reacciones de rabia, ira, frustración, miedo, ansiedad, conflictos y otra variedad de acciones, complicidades y omisiones). Se trata de una violencia inscrita y modelada en la cultura y en nuestras mentes, de tal manera que se ha ido imponiendo como forma de cultura dominante.

Nuestros niños/as y jóvenes se socializan bajo los dispositivos de una cultura de la violencia que se entretiene desde la más temprana infancia en sus juegos, juguetes, actividades, deportes, relaciones familiares, modelos psicocociales, etc., cuya primera manifestación son los estereotipos y roles sexuales que van construyendo y constituyendo su experiencia de vida.

Dentro de este marco socioestructural y sociosimbólico ubicamos la violencia como uno de los ejes en torno al cual se construye la masculinidad y la feminidad.

Los niños y los hombres viven en situaciones de riesgo, modelamiento y ejercicio de la violencia más que las niñas y las mujeres, pues se le exige constantemente mostrarse como un “hombre de verdad”. Que este riesgo se manifieste o no depende en gran medida de las presiones y prácticas concretas del entorno familiar, social y cultural en que se educan.

Myrian Miedzian (1995:222-223) ejemplifica muy acertadamente esta situación cuando afirma que:

“...un paseo por los parques o una mirada bajo el árbol de navidad... revelaría que mientras a las niñas se les regala muñecas, casitas, cochecitos de muñecas, que las inicia al mundo de la ternura y vínculos afectivos con los demás...los niños reciben pistolas, “figuras de acción” como GI Joe y violentos juegos de la era espacial que los va convirtiendo en violentos...”

También sostiene, que en las sociedades occidentales hay una correlación histórica y cultural entre masculinidad y violencia; al respecto señala que los valores de la mística de la masculinidad fomentan la violencia en los varones y que cuando crecen los niños socializados dentro de esta tendencia, dependiendo del entorno socioeconómico, encontrarán oportunidades para afirmar su masculinidad, poniendo a prueba su virilidad, vinculándose a pandillas, cometiendo actos delictivos violentos, fugándose o participando en violaciones en grupos. Justamente, mientras escribíamos este artículo, se sucedía un hecho dramático que ejemplifica tristemente esta situación, nos referimos al caso de dos niños de 11 y 13 años (Jonesboro, Arkansas. EU.) quienes asesinaron con pistolas y rifles a sus compañeras y maestra. Según el noticiero de la Cadena Televisiva ABC (marzo 1998) aparentemente las víctimas habían sido “... seleccionadas por su sexo o identidad. No dispararon al azar... En menos de cuatro minutos los niños dispararon 27 veces...” el móvil parece haber sido “una desilusión amorosa”. Llama la atención como uno de los niños nació y fue educado en un ambiente de armas y caza.(Labi, N, 1998:4-7).

Corsi. J.(1997) al reseñar investigaciones recientes realizadas en varios países, destaca las identificaciones con modelos familiares y sociales que define las formas violentas de relación como procedimientos aceptables para la resolución de conflictos:

“En lo que respecta al microsistema, se ha podido comprobar que un alto porcentaje de hombres golpeadores han sido víctimas o testigos de violencia en sus familias de origen.

Si consideramos el macrosistema, podemos decir que estos hombres han incorporado, en su proceso de socialización de género, un conjunto de creencias, valores, actitudes que, en su configuración más estereotipada, delimitan la denominada “mística masculina”: restricción emocional, homofobia, modelos de control, poder y competencia, obsesión por los logros y el éxito, etc.”

Sin embargo, el hecho de que muchos hombres lleven vida no violenta, a pesar de que viven en una sociedad que estimula los valores de la “mística de la masculinidad, demuestra que no existe una tendencia natural hacia la violencia. Felizmente no todo hombre encaja en este modelo ni asimila, interioriza o se identifica con los mecanismos o dispositivos socioculturales de la violencia.

Vivimos profundas contradicciones, cuando buscamos socializar a los niños/as y jóvenes en conductas aceptables y no violentas, pero se descuidan, olvidan, omiten o transgreden valores fundamentales de una cultura para la vida, la igualdad y la paz, como la solidaridad, cooperación, respeto, sentimiento de compromiso y responsabilidad del bienestar propio y de los otros/as, en cambio, se transmiten valores foráneos que muchas veces ni siquiera encajan en nuestra identidad cultural o antivalores y, se modelan actitudes y conductas violentas o en franca contradicción. ¿Cómo queremos enseñar, esperar y corregir en nuestros niños/as, cuando nosotros/as incurrimos en flagrantes contradicciones?, por ejemplo, les gritamos “...cooño...que no digas groserías! o no le pegues a tu hermanito... y al tiempo le tiramos un

zapatazo”, aspiramos a que no consuman drogas pero les modelamos nuestras adicciones y excesos “socialmente aceptados” o los dejamos solos sin orientación, cariño, afecto y atención horas enteras ante el bombardeo de los medios exhibiendo la escalada promiscua de sexo y violencia, que parece salirse de las pantallas del cine y la televisión ante la mirada fija y deslumbrada de los niños y jóvenes; mientras que las niñas y jóvenes se socializan bajo la sombra de los estereotipos y roles sexuales que ven día a día en las novelas o series, con sus imágenes distorsionadas de la mujer, reforzando creencias, mitos, papeles y roles tradicionales, actitudes y conductas , representados en los casilleros simbólicos de la heroína en su papel de víctima, de “la otra” en su papel de villana, de la mujer objeto y símbolo sexual, todo lo cual se aprende por el modelamiento vicario a través de sus héroes, heroínas y protagonistas con los cuales tienden a imitar e identificarse.

Si éste es el contexto que hemos construido como escena, entonces ¿qué estamos haciendo con nuestros niños y jóvenes que se han convertido en seres violentos?.

Por ejemplo, ¿qué está pasando en el apacible estado de Mérida, entre montañas y rios que invita a la tranquilidad y al descanso, para que se esté convirtiendo en inseguro e incrementando los hechos de violencia?.

Veamos algunos datos cuantitativos reveladores de la violencia,⁴ por ejemplo, en lo que va de la década del 90 en el estado Mérida, fueron brutalmente asesinadas 40 mujeres por su pareja (esposo, concubino, ex-novios), violadas 86 (niñas, jóvenes y ancianas) y heridas 65 (con diferentes tipos de armas). 98% de estos hechos fueron perpetrados en el hogar, afectando a la mujer, hijos/as y a la familia. Estos son algunos casos de los subregistros existentes de violencia doméstica y sexual en los cuales, llama la atención el drama íntimo con pesada carga emocional y las consecuencias del desajuste psicosocial (miedo, pánico, temor, angustia, inseguridad, baja autoestima, stress, depresión, soledad, aislamiento, abandono) que limita y bloquea el desarrollo y la realización personal de la mujer víctima del impacto emocional que significa vivir bajo violencia dentro de su espacio familiar.

La violencia doméstica y sexual es un problema social complejo que no podemos simplificarlo, aludiendo a la agresividad innata del varón o a la pasividad de la mujer, ni a patologías de hombres mentalmente perturbados, alcohólicos que los librarían de toda responsabilidad, pero si, queremos analizarla como un problema social complejo y en consecuencia multidimensional, que se va construyendo, entre otras variables importantes, mediante el aprendizaje de un proceso de socialización diferencial basado en una lógica de desigualdad de género que reproduce la violencia de modelos socioculturales jerárquicos de poder; es decir, se trata de darle peso específico a las diferentes formas en que el género se ata sociosimbólicamente a la violencia.

Mientras que la violencia dirigida en contra de las mujeres, es vivida por lo general, en su espacio privado y frecuentemente ejercida por personas conocidas con las cuales pueden tener estrechos vínculos afectivos; la violencia ejercida por y entre los hombres, se recibe y vive frecuentemente en los espacios públicos como en la calle, plazas, bares, etc. (83% de los casos en el estado Mérida).

⁴ Los datos que a continuación se presentan fueron extraídos de la prensa regional (Frontera, Correo de Los Andes y Vigilante). El arqueo hemerográfico fue realizado por las estudiantes de Educación mención preescolar de los Semestre A-97 y B-97 y fue procesado por las bachilleres Nahir Monsalve, Josefina Alarcón, (tesistas), Nohelia Araque, Emilia Ramos y Elis Andrade bajo la coordinación de Carmen Teresa García.

Ejemplifiquemos con algunos datos de violencia pública hacia los hombres: La violencia callejera ha dejado en la década de los 90 en el estado Mérida, asesinados 170 hombres de diferentes edades (con un mayor porcentaje de jóvenes); 322 heridos y en el 99% de los casos el homicida o el agresor fueron otros hombres en su mayoría también jóvenes. Cabe destacar un caso en que la homicida fue una mujer quien reportó haber matado a su pareja "...por estar cansada de ser humillada y maltratada.."

Si relacionamos la agresividad y las diferencias de género con la violencia, nos encontramos con que los estudios científicos no arrojan datos concluyentes que permitan dilucidar el problema, como afirman Hyde y Schuck (1977)

"Quizá, la mayor conclusión que podemos extraer en este momento, y la única que parece concordar mejor con los datos de que disponemos, consiste en que, con respecto a la agresividad, es probable que las diferencias biológicas entre géneros sean pequeñas, aunque las fuerzas culturales actúen para magnificar considerablemente esas diferencias"

Ahora bien, si en la realidad social y en la vida cotidiana se manifiesta de modo abierto o encubierto una mayor violencia masculina y en contra de las mujeres, ¿qué podemos hacer frente a una violencia cuyos mecanismos subyacentes parecieran estar cristalizados tanto en la cultura como en las mentalidades marcadas por género?.

Nos encontramos frente a un problema difícil de desarraigar o erradicar, si no cambiamos las estructuras socioculturales y sociosimbólicas que sirven de basamento a la socialización.

¿Qué podemos hacer frente a esta realidad que revela, cómo el género atado en primera instancia a la violencia simbólica (en sus diversas causas, manifestaciones y consecuencias) es un eje en torno al cual se construyen nuestras identidades de género? y, donde hombres y mujeres solo alcanzamos a asumir responsabilidades fragmentarias y parciales de nuestras vidas. Si vamos aclarando la problemática desde sus raíces sociosimbólicas es posible ir desatando los nudos que nos oprimen y así avistar mejor diferentes salidas.

Hacia una Socialización sin Ataduras

Si el proceso de socialización diferencial atado al género ha contribuido a generar y/o mantener esta realidad social, obviamente, tendríamos que movilizar los espacios de reflexión crítica y cuestionamiento de las estructuras socioculturales dominantes a las que subyace el poder y remover desde sus cimientos sociosimbólicos las representaciones cognitivo/afectivas (mentalizaciones cristalizadas) lo que tiene que pasar por un proceso de deconstrucción de los paradigmas sexistas de masculinidad y feminidad todavía vigentes y fundantes de nuestra manera de ser y estar en el mundo.

Esto significa una revisión de nuestra "di-visión" del mundo y de nuestra manera de concebirnos a nosotros/as mismos/as; es decir, arqueologizar a la manera foucaltiana, los cimientos de nuestras propias cogniciones, "habitus" y hábitos de pensamiento, esquemas, creencias, valores, expectativas, rasgos y características acerca de lo que "debe" o no asignarse, atribuirse, imponerse por el hecho de ser mujer y ser hombre.

Esta revisión, desmitificaría un estado de cosas que parecían absolutas, “naturales”, universales, inherentes y ancladas a la “condición” masculina y femenina; lo cual supone un cuestionamiento profundo y sin complacencias y movilizar verdaderos cambios y confrontaciones que repercuten en crisis necesarias (como la que actualmente vivimos hombres y mujeres en nuestras identidades y formas de relación) para activar las transformaciones también necesarias.

Significa pues, ¡Despertarnos! deconstruir(nos) reconstruir(nos) resocializar(nos)... a partir del hecho de ser personas, personas con derechos, compromisos, responsabilidades consigo mismo/a, con los otros/as y corresponsabilidades en los diferentes ámbitos de la experiencia de vida pública y privada.

“...solo cuando se disuelva la determinación del ser por el género, podrán existir posibilidades para que seamos en primer lugar lo que siempre deberíamos haber sido si no hubiéramos comenzado a definirnos primero como hombres o mujeres: simples seres humanos, en toda su grandeza, y en toda su pobreza” (Mires, F, 1996: 63)

En concreto, la propuesta que estamos vislumbrando, pasa por una educación ecológica de la vida, una socialización sin ataduras, para la igualdad en la diferencia, una educación hacia la equidad de género y una cultura para la paz, que supone:

- La promoción e implementación de una educación no sexista cuya transmisión de valores y prácticas esté centrada en la persona, por el hecho significativo de ser persona, en la equidad de género, en la igualdad social y en la “corresponsabilidad” (Urruzola 1994) consigo mismo/a y con los/as otros/as como colectivo, orientada hacia el desarrollo de un sentido de pertenencia, identidad, solidaridad, amor y empatía.
- Una reflexión crítica que cuestione los paradigmas tradicionales fijados a la masculinidad y femineidad, arraigados en las prácticas sociales, relaciones entre los sexos, en las mentalidades y en la cultura., que solo han dejado insatisfacciones y frustraciones, limitando tanto a hombres (restándole posibilidades para desenvolverse en el espacio doméstico) como a mujeres (restándole posibilidades para desenvolverse en el espacio público) lo cual supone, democratización de los múltiples espacios e incluso, usar el espacio doméstico como coartada para gestar otras posibilidades de socialización, deconstruyendo desde el mismo seno de la familia las simbolizaciones y los patrones de crianza.
- Un proceso de deconstrucción que desmonte el discurso social y la práctica sexista de nuestras propias mentes y de las instituciones socializadoras, desde la familia hasta el Estado, pasando por la escuela, medios de comunicación social, ciencia, saberes, leyes y fundamentalmente, ¿por qué no? desactivar el poder y la racionalidad fundante de las relaciones de dominación.
- Movilización nacional para la aprobación de la Ley contra la Violencia hacia la Mujer y la Familia (Venezuela es el único país de la región andina que no cuenta con un instrumento legal que ampare a la mujer víctima frecuente de maltrato en el hogar, en los centros de estudio y de trabajo, en los medios de comunicación, en las instituciones políticas y de

seguridad del Estado) de modo que la violencia quede al descubierto, se denuncie y salga del ocultamiento y la impunidad.

- La propuesta pasa por repensar/redefinir/reorientar/retransmitir/reorganizar... el proceso de socialización, orientándolo hacia la vida, la equidad, la igualdad y la paz que permita el desarrollo de las posibilidades y capacidades creativas de los seres humanos.
- En fin, afirmamos y respetamos la diferencias, pero nos reconocemos, como ha dicho Alda Facio (1992) “igualmente diferentes”, diferentes biológicamente e igualmente capaces, creativas/os, responsables y personas con derechos.

Aunque no lo percibamos claramente, sentimos que algo importante y subversivo está pasando en el acontecer de estos tiempos posmodernos, queramos o no, estamos siendo protagonistas de uno de los movimientos sociohistóricos más significativos de los últimos tiempos, aunque Mires la señale en su libro como “La revolución que nadie soñó.

Referencias Hemerobibliográficas

- 1.- ARANGO, L., León, M. y Viveros, M. (1995) Género e Identidad . Bogotá. Edic.UNIANDES.
- 2.-CABRAL, Blanca E.(1997) La relación hombre/mujer en Latinoamérica. Ciclo de conferencias dictadas en el Zentrum für Individual-und Sozialtherapie c. V. München. Alemania.
- 3.-CORSI, Jorge. (1997) Identidad Masculina y Violencia Doméstica. Caracas. Revista AVEPSO. N° Especial julio 1997.
- 4.-EAGLY, A. H. (1987) Sex differences in social behavior: A social role interpretation, Hillsdale: LEA.
- 5.- FACIO, Alda. (1992) Cuando género suena cambios trae. Mérida. Edic. Gaia/AEM-Ula.
- 6.- FERNANDEZ, Juan. (1996) Varones y Mujeres. Madrid. Edic. Pirámide.
- 7.- FULLER, Norma. (1997) Identidades Masculinas. Lima Edic. PUC.
- 8.- HYDE, Janet Sh. (1995) Psicología de la Mujer. Madrid. Edic. Morata.
- 9.-KATCHADOURIAN, Herant (1983) La sexualidad humana. México. Fondo de Cultura Económica.
- 10.-LABI, Nadya. (1998) Revista Time del Nacional. Vol. 1 N° 2. Caracas.
- 11.-LAMAS, Marta (1995) Usos, Dificultades y Posibilidades de la Categoría GéneroRevista La Ventana. N° 1.
- 12.- MIEDZIAN, Myriam (1995) Chicos son, hombres serán. Madrid. Cuadernos Inacabados N° 17 Edic. Horas y HORAS.
- 13.-MIRE; Fernando.(1996) La Revolución que nadie soñó. Caracas. Edit. Nueva Sociedad.
- 14.-MONEY, j., y EHRHARDT, A. (1972): Desarrollo de la sexualidad humana, Madrid, edic. Morata.
- 15.-MONZON, Ana S.(1988) El machismo. Caracas. Revista Nueva Sociedad. N° 96.
- 16.-MORENO, Olmedo A. (1997) ¿Padre y Madre? Cinco estudios sobre la familia venezolana. Caracas. Cuadernos Nuevo Sur. SUDACA. N° 11.
- 17.- POAL, MARCET. G. (1993) Entrar, quedarse, avanzar. Madrid. Siglo XXI Edic.
- 18.- URRUZOLA, Mª José. (1994) Educar corresponsabilidad. EMAKUNDE Edic
- 19.- Diarios: El Vigilante, Frontera y Correo de Los Andes. Mérida 1990-97